

Vuelta de hoja / Aldemaro Romero Díaz

## Ciencia útil, ciencia inútil

**H**ACE MUCHOS AÑOS Marcelino Menéndez y Pelayo dijo que había que demostrar la "sublime utilidad de la ciencia inútil". Con ello el famoso escritor fustigaba la conciencia de aquellos para quienes los científicos no son más que individuos a los que se les paga por cultivar el hobby de la investigación. Dicha imagen ha sido aún más deteriorada por novelistas tales como Julio Verne, responsable de esa percepción caricaturesca de científicos locos que "quieren dominar al mundo".

Si bien todos sabemos que tal imagen es falsa, la idea de que invertir en ciencia y tecnología es un despilfarro ha estado siempre latente. Yo nunca he sabido de democracia pluralista alguna en la que planes de política científica se hayan convertido en un tema electoral, y la razón es muy simple: la ciencia no da votos. Es por ello que en muchos países a partir de

la crisis del petróleo de los años setenta, así como en la Venezuela postsaudita, las erogaciones en ciencia y tecnología se han convertido en fácil presa de recortes presupuestarios.

Tales recortes a la ya bajísima proporción de inversiones de nuestro producto nacional bruto para la ciencia no son, pues, sorprendentes. Si bien algunas voces se han alzado en contra de tales medidas, lo que quiero plantear aquí va más allá del presupuesto global para el sector ciencia.

Algunas de las personas que han defendido un presupuesto razonable en ciencia y tecnología, lo han hecho basándose casi exclusivamente en el hecho de que es necesario proteger planes de investigación cuyos beneficios económicos son evidentes. Si bien tal argumento es válido en sí mismo y fácil de presentar a nuestra clase política, no se debe olvidar que la ciencia básica (ciencia "pura" o "inútil"), trae también beneficios eco-

nómicos, lo que pasa es que ellos no suelen ser a corto o mediano plazo, ni su impacto a largo plazo es fácil de explicar. Pero no tengan la menor duda acerca de lo siguiente: sin ciencia básica no hay ciencia aplicada.

La eterna pregunta es, pues, qué y cuánta ciencia básica debe ser patrocinada. La respuesta es fácil: la ciencia de calidad porque, precisamente, ahora sólo nos podemos dar el lujo de tener lo mejor. Por ello organismos como el CONICIT, el IVIC y las universidades nacionales deben ser provistos con recursos suficientes no sólo para continuar con sus respectivos planes, sino también para abrir las puertas al mejor recurso que hayamos tenido jamás y por el cual ya se ha pagado una cantidad enorme de divisas: los estudiantes graduados en el exterior, becados en el pasado y olvidados en el presente. De todos depende que la ciencia por ellos adquirida no se convierta en una ciencia "inútil".